

## El momento y la ternura (2)

### Variaciones sobre tres cuadros de Edward Hooper

#### Nighthawks (Hopper, 1942). Segunda parte.

Las curvas asaltaban la carretera como fantasmas, sin una señal previa que advirtiera del peligro. La última que recuerda tenía más de 270 grados. Con la mano izquierda, **Eduardo** rectificó hasta tres veces la posición del volante para no salir despedido hacia el barranco, mientras que con la derecha anotaba en el mapa el tramo de bajada. A mitad de la trayectoria, casi desfallecido, un ciclista ascendía el puerto con el piñón y el destino equivocados. Quería coronar el alto a una velocidad moderada, pero aceleró su inhumación al **estrellarse contra el parabrisas**. El manillar se enganchó al parachoques delantero y el coche engulló a la máquina y al hombre. Las piernas le quedaron fuera, dibujando la silueta de una lengua viperina sobre el asfalto. Las ruedas le pasaron por el pecho como una turmix.

Desde la cabina se oía el crujir de huesos mezclado con las noticias de RNE: “Eduardo Reina regresará al ciclismo en el equipo italiano Fassa-Bortolo...”. La maniobra de frenado envió el capó contra el quitamiedos y la bicicleta al vacío. El maillot era del mismo color del cielo, gris metálico, gafe. Demostrando una fidelidad casi matrimonial, el ciclista mantuvo los pies en los pedales y la boca en silencio. Así, hasta el suelo. La noticia de su muerte no apareció en la prensa acompañada de las fotografías del cadáver. Alegaron ética profesional, civismo, respeto a la intimidad personal y familiar... Todo mentira: sencillamente daba asco. Su rostro impactó contra las sobras de una cantera, formando un puzzle desordenado de doce mil piezas.

Eduardo contempló la caída con los ojos cerrados, el mapa de ruta entre las manos, gritando. Mantuvo esa pose hasta que llegaron los reporteros de las agencias, los bomberos, la ambulancia, la guardia civil, el día siguiente. Ella logró en 24 horas que invirtiera el gesto por simple imitación, **abriendo los ojos y cerrando la boca**, pero no pudo arrancarle íntegro el mapa con la misma terapia. Para nada le sirvieron los años de carrera, el MIR, los masters, las consultas bibliográficas, los Congresos, los Seminarios, su primer trienio. Bastó un roce. Al año del accidente, Eduardo hizo trizas el mapa apenas sentir la primera caricia de **Elena** en su cara. Ella guardó los pedazos en una bolsa de plástico y se los llevó al mismo juez que condenó definitivamente a Eduardo a internamiento psiquiátrico. “Quédesela como regalo, se lo ha ganado a pulso”, le contestó solemne mientras hacía la maleta para irse de vacaciones, “es usted una magnífica psiquiatra, la recomendaré a mi esposa”.

Desde ese día, Eduardo dedicó cada lunes a **volver a aprender** a montar en bicicleta. La falta de equilibrio emocional trascendió a sus extremidades con la intensidad de una lipotimia, hasta el punto de no llegar a sostenerse un segundo sobre las dos ruedas. **La depresión mata el ánimo tanto como la memoria física**. Me refiero a esa que guardas en las manos para que no se te caiga el tenedor, en las piernas para sentarte, o en los ojos para distinguir lo negro de lo rojo. Una media de 20 caídas por lunes le reportaban unas 20 pastillas diarias de antidepresivos para el resto de la semana. El mismo lunes

que consiguió hilvanar una docena de pedaladas seguidas sin caerse, el juez accedió a concederle su primer permiso.

Como cada lunes, Eduardo termina su café en Phillies y regresa a la clínica. Seguro que camina con los manos en los bolsillos, levantando las rodillas como si ascendiera L'Alpe d'Huez. Seguro que alternará los gestos de esfuerzo fingido con una sonrisa sincera nada más verla. Elena vive cerca del bar, a una manzana del centro, frente a una parada de autobús, en un ático con tres ventanas exteriores. Desde hace dos años no hay madrugada de domingo que Eduardo no se siente bajo la marquesina **para probar suerte**. Quizá ella encienda la luz. Quizá ella cruce el pasillo. Quizá él no esté. Nunca lo ha visto pero lo intuye cuando las cortinas pasan echadas toda la noche. Aunque los autobuses circulan desde las 6.30, él los deja pasar como a las oportunidades adolescentes, hasta el de las 7.30, el inmediato anterior al que coge Elena. A estas alturas de su vida, ganar una etapa consiste en adelantarse a ella quince minutos y esperarla en la clínica ya cambiado, peinado y limpio. Seguro que hoy lo recibirá con las manos blancas, sin ojeras, sonriendo. Seguro que le ofrecerá el desayuno con ademanes de madre. Seguro que él lo tomará sin quitarle la vista de encima. Ella se sentará a su lado y le preguntará por lo que hizo el sábado, el domingo, cómo ha dormido, con quién. Y él le mentirá de nuevo con camas de pensión y metros de ida y vuelta. Elena parece joven. Muy joven para ser madre y demasiado vieja para ocupar segundos puestos. No tiene hijos. Ni teléfono móvil. El suyo lo tiró a una piscina cuando él la dejó por otra. Eduardo le compró uno de tarjeta y se lo dio a cambio de las tostadas. "Sólo yo sé tu número, por favor no se lo digas a nadie". Ella lo metió en el bolsillo de su bata blanca y se ruborizó sólo para él, en exclusiva. "Te llamaré para quedar este viernes", le dijo. Seguro que lo hará. Con esa esperanza el lector abandona la escena. Es tarde para ser un día entre semana